

Por este mismo tiempo, los moradores de Villa Alta, en la diócesis de Oaxaca, habiendo descubierto unas nuevas minas en los montes vecinos pensaban hacer donacion á la Compañia de alguna parte de aquel hallazgo en remuneracion de las frecuentes y fructuosas misiones que los padres del colegio de Oaxaca habian hecho en aquel territorio los años antecedentes. Por órden del padre provincial pasó el padre Juan de Angulo á reconocer el fondo de la casa. Por justos motivos no se tuvo por conveniente aceptar la donacion; sin embargo, no fué inútil la jornada del padre Angulo. Los pobladores de las nuevas minas habian hallado mucha contradiccion en los indios de los pueblos vecinos; alegaban muchos pretextos frívolos, y era en realidad que miraban á los españoles como unos vecinos importunos para la libertad y ejercicios de supersticion á que vivian casi impunemente entregados. No le fué difícil al padre averiguar estos ocultos motivos. Supo la deplorable ceguedad en que vivian aquellos infelices, y la infame profesion que hacian de hechiceros. Esta opinion, bien ó mal fundada, al paso que los hacia temer de los otros pueblos cercanos, les atraía no pocas comodidades de que temian privarse si se establecian los españoles en aquellas minas. Amenazaban por tanto que con yerbas y maleficios harian desaparecer las vetas de plata, ó inundarian de agua las minas. Los españoles á quienes en confusio habian llegado estas noticias, habian entrado en tanto terror que pensaban desamparar el puesto. Decian los trabajadores que estaban encantadas las minas, que en ellas se oian silbos y bramidos espantosos, y otras veces golpes de picos y barretas, y ruido como de grandes árboles que rodaban desde la cima. El padre Angulo avisado de un indio fiel, pasó á verse con los caciques de los pueblos opuestos, los amansó y redujo á consentir en el laborio de aquellas vetas, les afeó sus desórdenes, y más que todo la opinion que fomentaban de hechiceros, aborrecible á todo el género humano. Mandó luego levantar un jacal sobre la mina, y celebró en ella la misa de nuestra Señora para disipar, como dispuso efectivamente, el pánico terror de los obreros que decian públicamente haber el padre desencantado aquellos montes, y le repetian gracias como á público benefactor †.

† El descubrimiento de aquellas minas fué efectivo, se abandonaron porque los indios esplotaban entonces la rica mina del cultivo de la grana, artículo que hoy ha decaido por el adulterio que hacen los llamados *trapicheros*, porque se ha propagado en Guatemala, y porque la química ha descubierto tintas que suplen por la cochinilla. En 1787 apareció un rico manto de plata en Ixtépexi (á las ocho

En este año se pasó con notable desigualdad en la California. La mayor parte de él fué lleno de cuidados, y de no pequeños sobresaltos. El padre Juan de Ugarte que por ausencia del padre Piccolo se encargó del partido de S. Javier, se halló solo en aquel puerto sin haber parecido un indio hasta la noche, en que hallándolo solo sin soldados, se fueron lentamente congregando. Este sociego duró poco. Dentro de algunos dias, irritados los naturales por la muerte injusta de un indio californio, convocaron las vecinas rancherías, cayeron sobre las siembras que habia hecho el padre ausente acaso en Londó, las arrasaron, y hubieran hecho lo mismo con la casa é iglesia á haberlas hallado sin defensa. Cada dia mas insolentes conociendo la debilidad de la pequeña tropa, amenazaban aun al mismo presidio donde para su seguridad se habian retirado los padres. La escasez y mala calidad de los alimentos era ya muy sensible, y no se tenia noticia alguna del padre Piccolo que desde fines del año antecedente se habia embarcado para la Nueva-España. Por este lado preparaba el Señor nuevos alivios á los misioneros á quienes por otra parte afligia con duras pruebas. A principios del año habian tres cédulas del rey con fecha de 17 de julio de 1701. Las dos á la audiencia real y obispo de Guadalajara en que encarga fomenten por todos los medios posibles una empresa tan piadosa, é informen á S. M. de todo cuanto pueda contribuir á su aumento: la tercera al Sr. D. Juan de Ortega Montañez, arzobispo y virey, mandando que se contribuya de sus reales cajas con seis mil pesos cada año, se informe á S. M. del estado de la California y medios de su aumento; y finalmente, se pase, si fuese posible, á la California la fundacion de dos misiones que para Sonora y Sinaloa habia dotado D. Alonso Fernandez de la Torre. En cumplimiento de estas órdenes, la real audiencia de Guadalajara pidió informe al padre Francisco Piccolo, quien con tres testigos que presentó oculares lo dió muy á satisfaccion en 10 de febrero de 1702. En México despues de algunas dificultades se consiguió la paga efectiva de los seis mil pesos por decreto de 29 de abril. Este situado no sufragaba á las dos mas urgentes necesidades, de algunas misiones y de un barco para el transporte de todo lo necesario. La misericordiosa providencia del Señor, suplió ventajosamente esta falta por medio de la magnífica liberalidad

(leguas de Oaxaca) que llamaron la mina de la *aurora*, propiedad de cura *Iniguez*: desde entonces se animó el espíritu de empresa, y hoy que se trabajan varias minas de oro y plata en el obispado, el cual es riquísimo.

Curato de Maxcani.

Rebellion de las Californas.

del Sr. D. José de la Puente y Peña, marqués de Villapiente, de quien tendremos lugar de hablar mas oportunamente en otra parte, y de los señores D. Nicolás de Arteaga y Doña Josefá Vallejo su esposa. El primero con treinta mil pesos, que dotó la subsistencia de tres misiones que se fundaron despues sucesivamente en S. José Conmandú, la Purísima Concepcion, y Guadalupe. A la piedad de los segundos se debe la mision de Santa Rosalia *Mulege*. Con los socorros de otras personas devotas se pudo tambien comprar un barco llamado el *Rosario*. Restaba solo al padre Piccolo llevar consigo algunos operarios; pero de cuatro que pretendia solo pudo llevar dos, que fueron los padres Gerónimo *Minutili* y Juan Manuel de *Basaldúa*. Con este socorro, despues de una peligrosísima borrasca desembarcaron en Loreto el 28 de octubre. Se dió luego providencia que el padre *Minutili* quedase en Loreto con el padre Salvatierra, y los padres Piccolo y Basaldúa pasasen á S. Javier para que uno y otro de los recién venidos se industrialasen en el idioma y manejo de los salvages. El padre Juan de Ugarte á la mitad de diciembre salió para el puerto de Guaimas á hacer nueva recluta de ganados, mulas y caballos para la labranza de la tierra, y otras necesidades de la colonia.

En la costa de Sonora halló el padre Ugarte muchos motivos de alentarse con las noticias que tuvo de dos espediciones que desde fines del año antecedente habia hecho el padre Kino. En una y otra habia este incansable misionero llegado hasta el rio Colorado, y aun arrojádose á pasarlo por un lugar que llamó de la Presentacion, en que su anchura segun el mismo padre, será como de doscientas varas. Pasó á las rancherías de los quihuinas, recibió mensajeros y les envió mutuamente á los guguanes, ogiopas y otras naciones. Se certificó que las conchas azules venian de las costas del mar del Sur, y que esta solo distaba de allí diez dias de camino sin estero de mar ó rio alguno intermedio. El padre quedó tan persuadido de que estaba en la California, que se atrevió á escribir una carta al padre Salvatierra, aunque nunca llegó á sus manos. Hizo juicio de haber en las dos riberas del rio mas de diez mil almas, y fué recibido de todas con tanto agrado y afabilidad, que se hubiera resuelto á caminar hasta la costa del Sur, ó hasta el desemboque del Colorado, si no fuera por las cabalgaduras, á quienes fué imposible pasar el rio. Vuelto á los Dolores se determinó á hacer el último esfuerzo; juntó cuanto pudo de provisiones, tanto para sí, como para acariciar y regalar á los indios, y en

Nueva espedicion del padre Kino al rio Colorado.

5 de febrero salió acompañado del padre Manuel Gonzalez, misionero de Oposura. Llegaron en 1.º de marzo á la junta de los rios Gila y Colorado, y á una numerosa ranchería de quihuimas que llamaron de *S. Rudesindo*. Tomaron el rumbo derechamente al Sur registrando varios parajes para pasar las cabalgaduras que no se pudo hallar por los muchos pantanos de la orilla. El dia 11 de marzo, dice el padre Kino en su relacion, haberle salido el sol por encima del remate del mar, sin ver mas que tierra continuada por el Sur, Poniente y Norte, y solo al Oriente el mar de California. En esta situacion, cuando parecian estar mas vivas las esperanzas de concluir aquel importante descubrimiento, enfermó gravemente el padre Manuel Gonzalez. Se trató luego de dar la vuelta con prisa: no pudo ser tanto que no muriese el padre antes de llegar á los Dolores en el pueblo de *Tubutama*. Escribió el padre Kino al superior de la Sonora, como ocho de los naturales de aquellos países recién descubiertos le habian seguido hasta su mision por el deseo de recibir el bautismo: que los mas quedaban en muy bella disposicion para lo mismo: que en las rancherías vistas de nuevo en este último viaje habia contado cerca de cuatro mil almas: que fuera del rio Colorado desembocaba tambien, segun el testimonio de los naturales, en el Seno californio otro rio que llamaban *Amarillo*. Que el Gila y Colorado despues de su junta, y cerca de la embocadura se partian en dos brazos, y formaban una grande y muy amena isla. Hasta aquí la carta fecha en 2 de abril de 1702. El cariñoso recibimiento que las naciones gentiles de aquel país hacian al padre Kino, y el deseo que tenian de tener ministros en sus tierras y recibir el bautismo, lo manifestaron bien algunos meses despues. Los quihuimas y yumas, quiere decir, las dos principales y numerosas naciones, enviaron sus mensajeros al gobernador de Sonoidac, como empeñándolo para que pasasen padres á sus tierras. Este los condujo al padre Kino, y este celosísimo misionero pasó en persona con ellos hasta Huepaca, donde residía el padre Antonio Leal, superior de aquellas misiones. Prometióles el padre hacer cuanto pudiera para que se les diese aquel consuelo, y aun trató de que pasase á México el padre Kino para acalorar mas la negociacion. No tuvo efecto este viaje, y la fatal incredulidad con que se habian mirado siempre las cosas de la Pimería impidió depues un establecimiento que hoy habria quizá dado al rey vastísimas provincias, y á la católica religion innumerables almas.

En efecto, en mas de diez y seis años que el padre Kino habia trabajado sin descanso en el descubrimiento de un pais tan vasto y tan poblado, no hallamos que tuviese mas compañero fijo que el padre Agustín Campos de Campos, aunque se señalaron en diferentes tiempos algunos otros á fuerza de repetidos informes y protestas, ó no llegaron á ir deteniéndolos en el camino los superiores de Sonora, ó estuvieron tan poco tiempo que no hicieron cosa considerable. A principios de 1703, por los informes del padre Antonio Leal se destinaron cuatro operarios á la Pimería, con indecible consuelo del padre Kino. Ya estaban en viaje y próximos á entrar en labor de aquella viña, cuando se soltó la injuriosa voz de que los pimas habian muerto al padre Francisco Javier Mora, misionero de Arizpe. No habia cosa mas fácil que

Por una falsa voz contra los pimas se destinan á otra parte cuatro misiones destinadas á la Pimería.

refutar aquella mentira, como se habia hecho ya con tantas otras igualmente groseras. Lo hizo el padre Kino con la mayor energía y evidencia; pero entre tanto movidos de la primera voz los superiores habian ya dado otro destino á los sugetos que apenas llegaron á pisar la Pimería. Solo á Tubutama se consiguió que pasase el padre Gerónimo Minutili, á cuya salud habia probado el temperamento de la California.

En esta península se intentaron algunas nuevas correrías: la primera, ácia la contra-costa del mar del Sur, donde se descubrieron algunas nuevas rancherías y tierras á propósito para siembras. La segunda fué á la bahía de la Concepcion, cuarenta leguas mas al Norte del real de Loreto en busca de un rio de que habia alguna noticia por la lancha que llevada de una tempestad se decia haber entrado en sus riberas. La distancia mayor de lo que se pensaba, y la aspereza de las sierras, hizo esta jornada enteramente inútil. A la vuelta de esta expedicion, juntos los padres en Loreto, celebraron con la mayor pompa y ostentacion que fué posible, la solemnidad del Corpus, tomando ocasion de aquí para explicar á los infieles, asombrados y atónitos, el motivo de aquella extraordinaria alegría, y la significacion de aquellas augustas ceremonias. Toda esta tranquilidad y esperanza de fruto, se desvaneció bien presto con la noticia que llegó al presidio de que el cacique y otros mal contentos de S. Javier del Viggé, habian dado cruelmente la muerte á cuantos párvulos bautizados y adultos catecúmenos pudieron haber á las manos. Era este atrevimiento consecuencia de la impunidad con que habian quedado despues de la muerte de un soldado del presidio. Por tanto, el capitán resolvió á todo trance no dejarlos sin castigo. Salió con cuanta mas gente pudo, y dió á me-

dia noche sobre los sediciosos, no con tanto silencio que no huyeran cuasi todos á lugares inaccesibles: murieron algunos, y entre ellos uno de los principales autores. El cacique cabeza del motin escapó entre los fugitivos; pero los parientes de los catecúmenos muertos lo trajeron vivo dentro de pocos dias á presencia del capitán. Confesó haber sido el gefe de cuantas conspiraciones, inquietudes y robos se habian cometido desde que entraron allí los españoles. A pesar de los ruegos é instancias de los padres fué condenado á muerte, que conforme á su no vulgar capacidad, instruido bellamente en los santos misterios, bautizado y asistido del padre Basaldúa, recibió con resignacion. En el seno de la provincia, concluido el trienio del padre Francisco Arteaga, habia tomado el gobierno el padre Ambrosio Oddon mientras llegaba el padre Manuel Piñeiro, que de actual provincial de la provincia de Toledo, venia destinado visitador y provincial de Nueva-España. El padre Arteaga descargado de este peso, se aplicó enteramente al aumento y perfeccion del Seminario de S. Ignacio, que el año antes habia fundado en Puebla. Con parte de los bienes del padre Dr. D. Nicolás Andrade, y cuatro mil pesos que añadieron los señores D. Francisco de Luna y Doña Josefa de Avila Galindo, su esposa, se fundaron este año las cuatro becas de oposicion que por presentacion del padre rector del colegio, y nombramiento del padre provincial, conforme á las cláusulas de su fundacion, se proveyeron en 6 de abril en los cuatro mas beneméritos, que lo eran D. José Tápia, D. Antonio de Olivera, D. Diego Calderon y D. Antonio de Alcántara. A principios del año siguiente de 1704 con fecha de 12 de enero, se dignó el Sr. D. Felipe V espedir real cédula en que admite y toma bajo su real proteccion y patronato el dicho colegio de S. Ignacio. Sus términos son muy honoríficos para no insertarla †.

No fué esta la única señal que de su benevolencia y amor para con la Compañía de Jesus dió en esta ocasion el rey católico. Llegó ántes otra cédula despachada en 12 de junio del año anterior en que manda S. M. á su gobernador de Yucatán, y ruego y encarga al Sr. obispo de aquella diócesis, se encomienden á la Compañía la conversion y administracion de los indios del *Petén*, region situada entre las provincias de Yucatán, Chiapas y Tabasco.

En consecuencia de esta real cédula, el Illmo. Sr. D. Fray Pedro de los Reyes proveyó auto en 10 de junio de 1704, requiriendo al pa-

Reusa la compañía la administracion de los curatos de Yucatán.

† La omitió el historiador en el manuscrito que tengo á la vista.

dre rector de Mérida para que se encargase la Compañía de la administración de aquellos pueblos. El padre rector respondió, que para admitir ó no dichas redacciones por via de mision ó de cuanto excedía enteramente su jurisdicción, era necesario esperar el dictámen del padre provincial distante muchas leguas. Se dió cuenta á México, y hablando la real cédula en términos de curatos y administración parroquial no llegó á tener efecto, reservando dar cuenta, como se hizo, á S. M. de los motivos que obligaban á la Compañía para no tomar sobre sí semejantes cargos. A estas siguieron otras cinco cédulas del piadosísimo rey sobre la mision de California. Las cuatro eran dirigidas al fiscal de Guadalajara D. José Miranda, y al padre provincial de la Compañía, á D. Juan Caballero de Ocio, y á la congregacion de los Dolores del colegio de México, dándoles las gracias por la liberalidad y celo con que fomentaron aquella conquista. La última al Exmo. Sr. virey duque de Albuquerque, ya virey desde el año de 1702; tomando varias providencias para la conservacion y progresos de la colonia, mandaba que sobre los seis mil pesos señalados en 17 de julio de 1701 se le diesen otros siete mil en las reales cajas de Guadalajara, y á los misioneros jesuitas se les dé la misma limosna que en Sinaloa y Sonora, y que se formase una junta de personas inteligentes y misioneros para establecer un presidio. La noticia de estas cédulas llenó de gozo al padre Juan Manuel Basaldúa, que á principios de febrero habia venido de California á Guadalajara. Pasó prontamente á México; pero el virey aun obtenida favorable respuesta del fiscal, no quiso resolver cosa alguna, remitiéndose á la junta general, para la cual habia ya mandado citar á los padres Juan María Salvatierra y Francisco Piccolo. Entre tanto

Propone segunda vez el padre Salvatierra desamparar la colonia, y constancia de los soldados.

era cuasi extrema la necesidad que se pasaba en California; tanto, que el padre Salvatierra hecha otra vez junta de los padres y soldados le pidió su dictámen sobre dejar la tierra, ó retirarse á la costa vecina de Sinaloa mientras de la piedad del rey se conseguía algun socorro permanente y fijo. En medio de la mayor consternacion fué tal el ardor y constancia del capitan y demas soldados á su ejemplo, que gritaron todos á una voz querian morir en la demanda, y antes protestarian contra los padres si se desamparaba la provincia. Ni fueron estas voces dictadas solamente del pundonor forzado en la presente ocasion, pues saliendo poco despues la lancha al puerto de Guaimas, y dándose facultad de pasar allá ó en el barco á Nueva-España los que quisiesen, nadie hubo que tomase aquel vergonzoso partido. A la mitad de junio

habia llegado en lugar del padre Minutili el padre Ugarte (hermano del padre Juan) no menos en la sangre que en el fervor y celo apostólico. El padre Piccolo pasó á Yaqui en busca de algunos socorros recojidos de diversas misiones á costa de muchas fatigas; pero aun eran mayores las del padre Juan de Ugarte, que acompañado de algunos soldados é indios, salia diariamente por los montes y cañadas, y aun á las playas á recojer raices y marisco con que mantenerse á sí, y á los demas.

El padre Salvatierra, aunque señalado por el padre visitador y provincial Manuel Piñeiro para visitar las misiones de Sinaloa y Sonora, y llamado del Sr. virey de México; sin embargo, no le pareció poder dejar la mision en el mismo infeliz estado en que se ballaba, y ántes de ver si de Sinaloa les venia algun socorro con que poderse conservar en su ausencia. Así miéntras volvia de Yaqui el padre Piccolo, pasó con el padre Pedro de Ugarte á reconocer la costa del Sur para ver si podia fundarse alguna nueva mision ácia aquella parte. En la jornada se hallaron repentinamente acometidos de los salvages que jamás habian visto semejante gente; pero á un tiro de arcabuz se echan á tierra, y luego comenzaron á traer sus mugeres é hijos en señal de paz y amistad. Se les propuso el fin de aquel viage, y como aquel padre queria venirse á vivir con ellos para bautizarlos y llevarlos al cielo. En fin, regalados y bautizados por primicias algunos párvulos, volvieron á Loreto. A pocos dias volvió el padre Piccolo á Guaimas con bastantes provisiones, y dejando aseguradas muchas mas en la costa de Yaqui para otros viages. Aliviada la necesidad, determinó el padre Salvatierra su viage á Nueva-España, celebrada ántes el día 8 de setiembre la dedicacion de la nueva iglesia en el real de Loreto con el mayor regocijo y consuelo que hasta entónces se habia tenido en aquel pais. Dejó el gobierno de la mision y presidio al padre Juan de Ugarte, y en 1.º de octubre salió para Matanchel. Caminando de Guadalajara á México, recibió noticia de la muerte del padre visitador Manuel Piñeiro, y como abierto el segundo pliego *casu mortis* se hallaba nombrado provincial de esta provincia. Esta novedad trastornaba de un golpe todas las ideas del padre Salvatierra: prosiguió su camino apresuradamente resuelto á sacudir aquella carga luego que llegase á México, no dudando que condescenderian con su dictámen los padres consultores, y que lo aprobaria el padre general. Llegó á México, y aunque representó á dichos consultores con toda la viveza y energía que le dictaba su humildad y su celo muchas y poderosas razones para

descargarse del gobierno, no tuvo otra respuesta sino que á la misma mision de California estaba mejor que aceptase un oficio, con cuya autoridad y carácter podia atender mas bien á su subsistencia y fomento. Hubo de obedecer; pero con la protesta de renunciar cuanto ántes al padre general para que le aliviase de aquel peso, como lo consiguió efectivamente, aunque no tan breve como deseaba.

Muerte del padre Piñeiro

El padre Manuel Piñeiro, á quien sucedió en el provincialato el padre Salvatierra, dejó un gran deseo de sí en todos los sugetos de Nueva-España. Despues de haber obtenido en su provincia de Aragon los mas lustrosos empleos en cátedras, púlpito y gobierno de los principales colegios en Mayorca, Barcelona y Zaragoza, procurador á Roma y provincial, pasó á serlo de la provincia de Toledo, donde á pocos meses le fué patente de visitador y provincial de Nueva-España por muerte del padre Fernando Caro, á quien ántes se habia cometido. Su rara prudencia le hizo ser nombrado de la república de Mayorca á la corte del Sr. D. Carlos II, como enviado extraordinario para ajustar las ruidosas diferencias entre el arzobispo y virey de aquella isla. Desempeñó este empleo con tanta satisfaccion de las partes, que á su vuelta se le miraba en aquel reino como un ángel de paz. Consiguio en este tiempo de la piedad del rey se fabricase un nuevo hospital, no olvidándose entre aquellas grandes honras de la misericordia para con los pobres. Entre sus religiosas virtudes, sobresalió mucho la devocion al Augustísimo Sacramento, y una mansedumbre inalterable que lo hacia amar con ternura de cuantos le miraban. Habia formado un alto concepto de la religiosidad y apostólicas fatigas de los sugetos de esta provincia, de que en poco ménos de un año que la gobernó, envió á Roma ventajosísimos informes. Hecha una brevísima reconciliacion, y santiguándose repetidas veces, murió con admirable tranquilidad el dia 21 de octubre.

El nuevo provincial, viendo que con diversos pretestos se diferia la junta, determinó salir á la visita de los colegios. Visitados algunos, volvió á México por marzo de 1705. Instó por la junta, mandada en virtud de la real cédula, y no teniendo respuesta decisiva, ántes de proseguir la visita, presentó al Exmo. virey un informe firmado de su nombre en 25 de mayo en que cumplia cuanto debia informar conforme á la mente del rey. El informe llevado al fiscal, fué remitido á la futura junta. El padre Salvatierra, encargada la visita de algunos colegios de tierradentro á su secretario el padre José Bellido, que lo habia sido

tambien del padre Manuel Piñeiro, partió á la California á la mitad de junio. Luego inmediatamente al 27, se tuvo la deseada junta y se decretó que por no hallarse en ella los prácticos que demandaba la real cédula, nada se innovase hasta nuevas órdenes de la corte. Habia instado al Exmo. duque de Alburquerque el padre Salvatierra, no solo por las necesidades de la California, sino aun por las limosnas atrasadas de tres años que se debian á todas las demas misiones de Nueva-España con grandes atrasos de la provincia. A la verdad, en las circunstancias en que actualmente se hallaba la corona, mal asegurada aun sobre la cabeza del jóven rey Felipe V, parecia lícito y decoroso escusar á S. M. cualquier otros gastos por piadosos que fuesen, por tal de sufragar á los inmensos costos de una guerra tan porfiada. Esta fidelidad era el motivo que alegaba el Sr. virey para no poner en ejecucion, así la paga de los seis mil pesos de la California, como las del resto de las misiones. En vano habia representado muchas veces el padre Salvatierra, que sin embargo de las grandes urgencias del estado, la voluntad del rey estaba muy espresa en sus reales cédulas: que las misiones de gentiles se perdian sin remedio: que la provincia exhausta con el suplemento de tantos miles en aquellos tres años se hallaba empañada é imposibilitada de mantenerlas; y finalmente, añadió con santa intrepidez. . . . „Sr. Exmo., yo no cedo á nadie en el mundo en el amor, fidelidad y veneracion de nuestro católico monarca. Este pobre jesuita, solo y desasistido de las reales cajas, ha conquistado y rendido á S. M. un pais que en mas de ciento sesenta años á costa de inmensos gastos hechos al real erario no habian podido sujetarle todos los Exmos. antecesores de V. E., y yo juzgo que en exhibir las limosnas de los misioneros, y conservar á S. M. tantas provincias como le han dado los misioneros jesuitas, y en mirar por la salvacion de tantas almas, tan no se falta á la fidelidad debida á nuestro rey (que Dios guarde), que antes se cumple con sus mas estrechas y declaradas órdenes, y se dá á su corona mas firme apoyo que con cuantos tesoros puedan llevar las flotas.”

No cedió á la fuerza de estas razones el duque de Alburquerque, y el padre Salvatierra, meditados todos los caminos que á su celo y á sus talentos podian ofrecerse de ocurrir á aquella necesidad, y no hallando brecha alguna, resolvió juntar una consulta estraordinaria de todos los padres profesos mas autorizados que habia en México. Propúsoles las necesidades de las misiones, los gravísimos empeños contraidos por

Representacion del padre Salvatierra al virey, sobre la detencion de las limosnas del rey para las misiones.

la provincia en los años antecedentes, las diligencias practicadas, y su ningun efecto. Pidió que sus reverencias le alumbraran, si hallaban modo de proveer algun remedio, y si no que dijese si convenia renunciar las misiones, y que se entregasen á clérigos seculares. Este era el único recurso en que consintieron los mas de los votos, y conforme á este dictámen se procedió á formar el escrito de renuncia que firmaron todos, y autorizó en toda forma el padre secretario. Juntamente con la presentacion de este escrito envió el padre provincial cartas á todos los rectorados de misiones, previniendo que estuviesen prontos para entregarlas á la primera órden, con todos sus frutos, labores, bienes y aperos de casa ó iglesia, como se supo despues por carta del gobernador del Parral al Sr. virey. Esta resolusion hizo que S. E. mandase exhibir por aquel año las limosnas de misiones, reservando la paga de los atrasados para tiempos mas desahogados, y al mismo tiempo fué un testimonio incontestable del desinterés temporal con que trabajan los jesuitas en las misiones de América, muy ajenos de aquellos imaginarios tesoros y comodidades que en todos tiempos han querido hacer valer sus émulos. El desabrimiento con que por esta ocasion quedó el Sr. virey recayó enteramente sobre la infeliz California: no se tuvo la junta ni nada se hizo. Mientras que esto pasaba en México, en aquella mision los padres y los presidiarios lo pasaban con bastante incomodidad, y hubiera llegado al estremo sin la eficaz actividad de los padres Ugarte y Piccolo. El primero que habia quedado por superior, á costa de muchas fatigas allanó tierras desmontándolas por su misma mano, tanto para enseñar, como para alentar á los salvages: hizo algunas presas, plantó viñas y sembró algunas semillas con que pudiese subsistir por sí la colonia en caso de faltarle los socorros de México y Sinaloa †. Hizo venir de la Nueva Galicia un maestro de tejedor que enseñase á sus indios, y escusar á la mision el gasto de telas, sumamente necesario, aun mas que para el abrigo, para el recato de los mismos españoles y misioneros que apenas podian salir de sus casas, y aun estar en ellas sin que tropesase la vista en la desnudez agena.

El padre Piccolo á quien el padre Salvatierra habia señalado en su

† Hoy recoge California el fruto de estos prodigiosos afanes. El vino que allí se cosecha es un grande artículo de su comercio, que se aprecia y vende en París como no se estima en México. ¡Gracias á aquellos varones herederos del espíritu de caridad de Jesucristo, y de S. Ignacio!

El P. Salvatierra renuncia las misiones.

El P. Ugarte desmonta y allana tierras para siembra en California.

lugar por visitador de las misiones de Sonora y Sinaloa, se valió de la ocasion que le ofrecia este empleo para rocojer algunas limosnas de aquellas poblaciones, y remitirlas á California. Le ayudó en gran parte el padre Eusebio Kino, y á uno y otro dió despues las gracias el padre provincial de haber conservado por su industria y caridad la mision y el presidio. Con su llegada, que fué á 30 de agosto, fué comun la alegría de todos en Loreto: acudian en tropas los indios como á su padre y comun bienhechor. Habia procurado llevar provisiones abundantes; pero no fué esto lo que dió mas consuelo en las circunstancias presentes en que la hambre era el menor de los males. Lo que tenia la colonia en punto de arruinarse eran las disenciones de los presidiarios con su capitan, y la poca sujecion de este á los padres. Poco antes de pasar á la Nueva-España el padre Salvatierra, el capitan Estevan Lorenzo, aunque muy á gusto de todos, habia por no se qué aprehensiones renunciado el oficio. No pudiendo convencerlo ni las razones ni los ruegos de los padres, se determinó el padre Juan María á llamar de la Sonora á D. Juan Bautista Escalante, alférez entonces del presidio de Nacosari. Era este soldado de buenos créditos y acreditada reputacion; pero demasadamente fogoso, mejor para venir á las manos que para gobernar con quietud. Presto se comenzaron á sentir los efectos de su mala conducta, así en el orgullo con que trataba á los presidiarios, como en la dureza para con los naturales. Unos y otros traian sus quejas al padre Juan de Ugarte; pero lo que habia de ser remedio empeoraba el mal, no sufriendo el dicho capitan que el padre quisiese irle á la mano en lo político y militar del presidio. Llegó á tanto, que el padre Ugarte por no tomar mas ágría providencia, dió aviso de todo al padre Salvatierra. A sus razones y á la salud pública de la colonia toda que se lo pedia, hubo de acceder D. Estevan Lorenzo, y reasumir el cargo de capitan del presidio, para donde navegó con el padre provincial. La suavidad y arte del padre fué tal, que el capitan Escalante sin sentir ni darse por ofendido del desaire, prosiguió por algun tiempo en el real hasta que los mismos padres le procuraron mejor acomodo. Compuestas así estas diferencias, despachó el barco á las costas de Sinaloa para conducir las limosnas que habia ofrecido la caridad de aquellos padres y vecinos. Algunos de estos pasaron á visitarle á California en que se detuvo dos meses, y habiendo dejado órdenes para el establecimiento de dos nuevas misiones, y proveida para buen tiempo la colonia, salió para México á fines

A fines de octubre sale para México el padre provincial.